

## Historia de un muñeco

Porqué me había colocado allí nunca llegué a entenderlo.

Desde luego, no era nada cómodo, ni tampoco era el mejor lugar si es que quería que me vieran y admiraran. Era incluso bastante vergonzoso para mí; lo que ocurre es que yo no tenía entonces ninguna capacidad para decidir, ni siquiera para moverme.

El servicio de señoras. Ése era mi sitio, ése era mi castigo por algo que cometí sin querer, un castigo solo a mi curiosidad.

Era una habitación pequeña, al fondo de un pasillo en un restaurante, con los elementos que uno esperaría encontrar en un lugar semejante, aunque, eso sí, decorado de forma un tanto llamativa, algunos dirían que atrevida: las paredes estaban pintadas de un color rojo brillante, había un pequeño lavabo en un rincón, un inodoro con la tapa pintada de flores y una pecera sobre la cisterna. Y ahí, junto a la taza, en un estante de madera a media altura, estaba yo. Además, como mi tamaño era considerable, tenía que estar ligeramente inclinado hacia adelante, con las piernas colgando.

Para contar los sucesos singulares que me llevaron a esta situación, debía empezar por el principio, por la historia de los últimos meses de mi vida.

Yo trabajaba en el restaurante. Durante unos años había trabajado como pescador, pero finalmente había vendido el viejo barco que me dejara mi padre en herencia y había buscado otras ocupaciones para estar con los pies sobre la tierra. Era soltero, vivía solo y por lo tanto no tenía a nadie a quien mantener aparte de a mí mismo. Mis aficiones no eran caras. Llevaba una vida tranquila en la que mi pasión era leer cuantos libros podía sacar de la biblioteca. Novela, teatro, leyendas, cualquier cosa servía.

Cuando me llamaron para el puesto de ayudante de cocina en aquel restaurante me pareció que las cosas empezaban a ir bien. Me gustaba cocinar, por lo tanto, sería un trabajo agradable, no demasiado duro, con una estabilidad que no tenía la vida de pescador.

Pronto me percaté de que mi jefe era un hombre un poco raro. Para empezar el local también tenía un aspecto peculiar. Quería ser una mezcla de antiguo y moderno sin conseguirlo del todo, con un toque oriental que no venía a cuento y que probablemente pretendía añadir algo de sofisticación, más propia de la gran ciudad que de un sencillo pueblo junto al mar. Sin embargo, el restaurante parecía tener éxito y, tanto a la hora de comer como a la de cenar, no faltaban los clientes. Los fines de semana, incluso, era necesario reservar mesa. Si no, mejor buscar sitio en otra parte.

Aparte del dueño -mi jefe-, su mujer y yo, había otras dos personas trabajando en el restaurante. Dos camareros, de los cuales uno era una chica joven -polaca, creo- y el otro un chico del pueblo que compaginaba estudios con un trabajo que le proporcionaba algo de dinero. Los dos tenían un aire melancólico, por lo que uno pensaría que no se sentían demasiado felices allí. Yo me preguntaba si no podrían encontrar algo mejor, pero, aunque hubieran tenido otras oportunidades, tal vez sus aspiraciones en la vida eran bastante limitadas.

La chica era muy guapa. Rubia, con el pelo largo y liso y un cuerpo maravilloso. Tenía unas largas y curvadas pestañas que no sé por qué siempre quise acercar mi dedo y tocarlas, convencido de que tendrían el tacto y la suavidad de las alas de una mariposa -si alguna vez se me hubiera permitido tocar las alas de una mariposa. Algunas veces cuando entraba en la cocina a llevar los platos sucios o a recoger los que estaban listos para servir, no podía dejar de mirarla. Ella me sonreía y esa sonrisa parecía sellar un pacto entre nosotros. Un pacto silencioso pero que permanecía en mi memoria durante el resto del día y encendía en mí una sensación placentera y cálida.

Mi jefe era un hombre alto y delgado, con una cara también alargada en la que se perdían unos ojos pequeños y oscuros. No era atractivo, pero tenía ese encanto que a veces poseen las personas poco agraciadas. Era -ya lo he dicho antes- raro y tenía un carácter variable. Unas veces estaba callado, como ausente, trabajando de forma mecánica, sin una palabra para ninguno de sus empleados. Otras veces se enojaba con cualquier cosa, volviéndose especialmente irritable con su mujer. No hacía falta ser muy listo para ver que no se llevaban bien. Sin embargo, en la cocina era todo un artista y sus platos, siempre de excelente calidad, llenos de imaginación y bien preparados, hacían que el restaurante tuviera el éxito que tenía. Una vez le oí decir que vendería su alma al diablo a cambio de crear el plato perfecto. Yo pensé que exageraba.

A mí no me tenía especial simpatía. Puedo decir que incluso me inspiraba un cierto respeto, con el temor, tal vez, de que en uno de sus arrebatos de mal humor me despidiera. Yo me esforzaba en hacer lo que se esperaba de mí, sin más complicaciones.

Cuando estábamos los dos solos en la cocina, rodeados de cazuelas, con los dos enormes hornos encendidos y él dedicado a un frenético ir y venir, cortando, friendo, probando, la conversación entre nosotros se reducía a unas escuetas palabras, sólo las necesarias para mantener la comunicación.

Mi jefe, además de dedicarse al restaurante, estaba interesado en otros temas más espirituales. Al parecer se creía dotado para practicar ciertas terapias orientales -de esas que llaman alternativas- encaminadas a lograr el bienestar y la armonía tanto del cuerpo como del alma. Yo no estaba muy seguro de saber de qué se trataba, pero aquello parecía complementar sus ingresos, ya que no le faltaba la clientela, personas -sobre todo mujeres- del pueblo mismo y de otros pueblos vecinos, que acudían a él convencidas de que podía solucionar sus problemas.

Recuerdo que fue un día de primavera. Todos parecíamos estar especialmente contentos en el restaurante, como si el sol que ahora se colaba por las ventanas nos hubiera llenado de una nueva energía. Mi jefe parecía de buen humor y eso me hacía sentir más relajado.

Estábamos preparando el menú del día para la hora de comer.

María, la chica polaca, me había dedicado una de sus maravillosas sonrisas antes de salir de la cocina para ocuparse de limpiar y preparar las mesas y yo me tomé aquello como una señal más de que las cosas marchaban bien.

Cuando un poco más tarde me encontré solo en la cocina no me sorprendió. La mañana había pasado sin sentir y supuse que todo el mundo estaba ocupado con otras actividades. Lo que sí me sorprendió fue el repentino ruido que parecía proceder de fuera. Era como si alguien golpeará en la pared con algo sólido.

Dejé lo que estaba haciendo y me quedé escuchando. El ruido parecía continuar. Era un ruido sordo e intermitente, seguido de una especie de silbido, como un gemido.

Sentí curiosidad. Y miedo también, debo confesarlo. Pero no pude evitar abandonar la cocina y salir al pasillo. El comedor estaba vacío, con las cortinas echadas y todo en orden, como de costumbre.

Los golpes continuaron, más fuertes ahora.

Al salir del comedor comprendí de dónde venían: del servicio de señoras.

En ese momento no supe muy bien qué hacer, ni tampoco me di cuenta de lo que estaba pasando ¡estúpido de mí! Lo único que sé es que me asomé a la puerta -que inexplicablemente no estaba cerrada con el pestillo echado- y pude ver a mi jefe con María, él con los pantalones bajados hasta los tobillos, ella completamente desnuda, de espaldas a mí mientras él la empujaba rítmicamente contra la pared.

Me di cuenta entonces de que mi jefe me había visto. Y en sus ojos vi la mayor expresión de odio que he visto jamás. Era una mirada cargada de palabras que yo en ese momento no comprendí.

Me aparté corriendo sin saber a dónde ir. Me llené de sudor y de pronto una lágrima corrió por mi mejilla. Una lágrima de pena, tal vez por María, tal vez por mis sueños rotos, unos sueños en los que ella hubiera aceptado un día ser la mujer elegida para acompañarme en mi solitaria vida. Pero esa que acababa de ver no era la María que yo pensaba, sino una mujer barata y vulgar, entregada a aquel hombre desagradable. ¿Cómo había podido? No lo entendía, pero quizá yo había imaginado algo que no existía, un sentimiento que no era real, una felicidad que era ficticia. María era simplemente una chica que se acostaba con su jefe, por diversión, amor, placer o lo que fuera. Y él no era más que un macho que engañaba a su mujer con una camarera. Sus aires de gran chef y sus místicas orientales no cambiaban nada.

Después de aquel incidente las cosas no volvieron a ser las mismas. Yo trabajaba igual y procuraba hacer como si nada hubiera ocurrido, ocupado en la cocina sin pensar en nada más.

Por algún tiempo no vi a María. Quizá el jefe tuvo miedo de que se descubriera su infidelidad y simplemente la había despedido. O ella decidió marcharse para no mezclar su trabajo con su vida personal. Yo no era quién para juzgarla, pero pensé que ella al menos hubiera podido despedirse de mí. La echaba de menos.

Pero un día regresó. Dijo que había estado enferma y yo no hice preguntas.

Fue un gran error por mi parte continuar en el restaurante. Ahora lo sé. Si me hubiera marchado a tiempo, todo habría sido diferente.

Mi jefe se volvió aún más extraño, si cabía. Sus miradas me daban miedo y sus sonrisas tenían algo siniestro, como si se estuviera burlando de mí, o riendo una broma que yo no compartía.

Creí que la rutina podía hacerme sentir mejor, pero no fue así. Y, de pronto, mi jefe empezó a mostrarse amable, tratándome con más familiaridad en lugar de la fría actitud que había tenido conmigo hasta entonces. Incluso se ofreció a enseñarme algunas recetas. Yo merecía convertirme en un buen cocinero algún día, me decía.

Estábamos él y yo solos en la cocina. Por alguna razón su mujer no había venido aquel día, lo cual tampoco cambiaba las cosas, ya que yo nunca había tenido la ocasión

de entablar una relación cordial con ella.

Yo acababa de trocear un pollo mientras mi jefe ponía al fuego una salsa. Viéndole mover la cuchara dentro de la cazuela hubiera dicho que tenía algo de brujo, un brujo que estuviera preparando una pócima secreta. Y algo de pócima tenía, sin duda, aunque yo no tenía ni idea de qué ingredientes había puesto.

-Vamos, Martín, prueba -me dijo- Está para chuparse los dedos. A ver qué te parece...

Él nunca me pedía mi opinión sobre sus guisos, pero en aquel momento hasta eso no me sorprendió. Sin embargo, hubiera deseado salir corriendo de allí y no volver. Seguramente no sería difícil encontrar otro trabajo en otro lugar.

Pero no lo hice. Y probé la salsa.

Lo que pasó a continuación no sé si puedo describirlo bien. Al cabo de un tiempo empecé a sentirme un poco extraño. Me temblaban las piernas. Había terminado lo que estaba haciendo en la cocina así que me senté. Mi jefe me vio, pero no dijo nada. Ni siquiera preguntó si me ocurría algo. Pasó a mi lado y entonces comprendí. O, mejor dicho, no comprendí nada, pero tuve la certeza de que, fuera lo que fuera lo que me pasaba, había sido él.

¿Me había envenenado? -fue la pregunta que primero me vino a la cabeza. -¿Iba a morir y luego él se desharía de mi cadáver para que no pudiera contar lo que vi?

¡Qué tonto fui! Matarme hubiera sido demasiado sencillo, demasiado vulgar.

Yo no me atreví a mirarle a los ojos. Una sensación muy rara se adueñaba de mi cuerpo, subiendo desde mis piernas y extendiéndose por el resto, como una corriente fría que contraía mis músculos y helaba mis huesos.

Unos minutos después me noté agarrotado, paralizado. No podía moverme.

Qué horrible sensación. La sensación de que ya no eres dueño de tus movimientos. Mis ojos seguían abiertos y podía ver. Mi boca en cambio se había retorcido y se había quedado inmóvil, como de piedra.

Intenté por todos los medios sacar la fuerza suficiente para mover alguna parte de mi cuerpo, aunque fuera sólo un dedo, pero me fue imposible.

Una estatua, un muñeco...Yo que sé lo que parecería ahora. Y no podía imaginarme cómo lo había hecho, qué poder oscuro y maligno tenía para transformar así a una persona.

Cuando volvió me di cuenta de que sonreía. Era sin duda una sonrisa de satisfacción, de triunfo.

-¿Te encuentras mejor, Martín? -fue lo que dijo. Irónico ¿no? Quizá en su mente trastornada eso era lo que entendía por estar mejor: quieto, incapaz de ningún movimiento. Ya no sería nunca más testigo de su desagradable conducta.

Ese hombre malvado ¿qué clase de poderes tenía? ¿De dónde los había aprendido? Lo que había hecho escapaba a toda explicación racional y yo sólo podía pensar en las brujas y en los magos de los que hablan los cuentos de hadas. Pero hasta entonces esas cosas para mí sólo existían en la imaginación.

Me cogió por debajo de los brazos y me arrastró fuera de la cocina. No sé cómo pudo hacerlo, teniendo en cuenta que yo era un hombre grande y fuerte, con brazos recios acostumbrados al ejercicio físico y estómago de persona con buen apetito. Quizá en mi metamorfosis había perdido parte de mi peso, convirtiéndome en una liviana

carcasa, como la cáscara de algo a lo que se hubiera quitado su interior.

Así, a rastras, me llevó hasta el servicio de señoras y me colocó en un rincón, sentado, con mi enorme barriga ocupando casi todo el espacio.

Y allí me quedé. Solo. Condenado a ver, sentir, oír y oler -¡sobre todo oler! -sin poder moverme, sin poder decir una palabra. Era como si yo fuera un personaje de uno de esos mitos antiguos de los griegos -uno de esos héroes que salían en los libros que yo leía- castigado por ver a una diosa desnuda. Solo que María no era una diosa ni esto era una hazaña mítica sino un episodio sórdido y vulgar. Lo único que lo apartaba del mundo ordinario era el misterio de mi transformación.

Cada día veía desfilar a mujeres de todas las edades, clientas del restaurante que venían, lógicamente, a hacer sus necesidades y a lavarse las manos. No podía pensar en nada más desagradable, más asqueroso. Un cruel castigo.

Pero un día empecé a darme cuenta también de la impresión que causaba yo en las mujeres. Incluso me preguntaba si alguna me reconocería -una de las clientas habituales del restaurante... Pero yo ya no parecía un hombre de verdad, sino más bien una especie de muñeco de tamaño natural, como esos que utilizan los ventrílocuos, o un maniquí, un curioso maniquí que no hubiera sido concebido para exhibir ropa en una tienda de modas sino como una obra de arte naturalista, provocadora y no demasiado convencional.

Todas sin excepción se sentían sorprendidas y dejaban escapar un grito de asombro por mi presencia, preguntándose sin duda qué era lo que yo hacía allí, qué clase de objeto decorativo era aquél para un aseo.

A algunas se las veía cohibidas, avergonzadas de mostrar sus actos más íntimos ante un hombre -aunque fuera un muñeco.

Otras, las más jóvenes, me contemplaban divertidas, pensando que se trataba de una broma o una llamativa y atrevida decoración.

Había quien me miraba con auténtico terror, intuyendo quizá que dentro de lo que parecía un muñeco se escondía un ser humano capaz de ver, pensar y razonar.

Más de una hubiera salido huyendo despavorida si yo tan solo hubiera podido pestañear por un segundo. Ese pensamiento me divertía.

Tratando de sacar provecho de mi situación, en una ocasión me entretuve admirando el redondo trasero de una jovencita e imaginando la tersura y la suavidad de su piel. Pero yo no era un perverso. Prefería no mirar, respetando dentro de lo posible la intimidad de todas esas mujeres que desconocían quién era yo y mi dramático destino.

Un día, a la hora de comer, oí un grito en el vecino servicio de caballeros. Y me sorprendió. ¿Estaba de nuevo mi jefe con una mujer, esta vez en otro sitio? Pero no había golpes, ni gemidos. Al poco rato, otro grito, breve, de sorpresa. Luego otro más. Se parecían a los gritos de las mujeres cuando venían a la habitación en la que yo estaba, pero eran voces masculinas.

Unos pasos rápidos y unas carcajadas. Una palabrota.

Entonces supe de qué se trataba. La razón de todo ese ruido y todo ese movimiento. María. Convertida en otra muñeca, en otro maniquí inmóvil. En el servicio de caballeros.

Antes de este giro en los acontecimientos mi único consuelo había sido pensar que en cualquier momento María podía entrar y verme en mi prisión -estoy seguro de que ella sí me habría reconocido- y quizá, incluso, encontrar una manera de volverme humano de nuevo. Pero ahora esa esperanza se había desvanecido. Separados por una delgada pared estábamos condenados a compartir el mismo destino. Para siempre.